Revista de los Archivos Nacionales

Director: Gral. Jorge Volio

La Historia tiene su majestad augusta: la lisonja la envilece, la mentira la afrenta, solo la verdad le da vida. - **FEDERICO GONZALEZ SUAREZ**, Arzobispo de Quito

Publicación bimestral		Distribución gratuita
Año V	Marzo y Abril de 1941 San José, Costa Rica, Centroamérica	Nos. 3 y 4

Morazán (*)

Por el Lic. Don Julián Volio

I

Sagrada como ha sido siempre para mí la memoria de los que ya no existen, me abstendría gustoso de tomar parte en la polémica suscitada con motivo del decreto de 15 de setiembre del corriente año, ordenando la construcción de un parque con el nombre de Morazán, si no fuera porque creo que no debe dejarse pasar sin protesta la absurda interpretación que algunos periódicos han querido dar al ya citado decreto.

Suponen, sin que nada los autorice a creerlo, que fué ése un acto de expiación por el infame asesinato cometido por el pueblo de Costa Rica en la persona del esclarecido mártir don Francisco Morazán.

Tan grosera e injusta suposición la rechaza el buen sentido, el sentimiento nacional, y la dignidad de todo aquél que lleve el nombre de costarricense.

Costa Rica, al ejecutar al hombre que por tres días consecutivos la ametralló después de haberle causado toda clase de vejámenes, no hizo más que usar de un derecho natural que todos los pueblos y en todos los tiempos han ejercido sin contradicción.

No es preciso ir muy lejos para encontrar ejemplos del ejercicio de ese derecho.

México, ejecutando primero a Iturbide y después al emperador Maximiliano, hizo exactamente lo mismo que nosotros, ¡y en qué diferentes circunstancias!

Maximiliano no fué llamado por unos pocos descontentos, sino por un gobierno autorizado: fué recibido con júbilo por la nación entera, y no la causó ninguno de los males que Morazán a Costa Rica.

Benito Juárez, Lerdo de Tejada y otros dos o tres patriotas más fueron los únicos que en el extremo de la república protestaron contra el nuevo imperio.

(*) Reimpresión de los artículos publicados en el Diario **La República** del 11 de noviembre, al 10 de diciembre de **1887** y reunidos entonces con otras piezas en un folleto que es hoy sumamente raro.

Su abnegación, perseverancia y valor, ayudados de propicias circunstancias, hicieron que el país entero se pusiese en armas, derrocara al imperio, y ultimara al emperador y principales auxiliares.

¿Quién dijo entonces, quién dice ahora, y quién dirá nunca que el pueblo mexicano y en particular Benito Juárez, fuesen infames asesinos? Al contrario, México y Juárez han recibido por ese hecho verdaderos y sinceros aplausos, sin que haya habido uno solo que desconozca la justicia con que obraron. Y lo que para ellos ha sido título de gloria, ¿habría de ser para nosotros un infame crimen que tuviésemos necesidad de expiar?

La ausencia de considerandos en el decreto de que se trata, da a conocer con toda claridad que el Poder Ejecutivo sólo tuvo en mira dar un nombre a la obra nueva, sin que por eso se entendiera que honraba la memoria de un hombre cuya gloria es todavía problemática para muchos.

No puede cifrarse en su habilidad como hombre de Estado, vistos los desaciertos de toda su vida pública, especialmente en Costa Rica, donde dejó como único recuerdo la manera brutal con que quiso levantar un ejército para imponer a Centro América un régimen político que entonces repudiaba, que repudia hoy, y que seguirá repudiando mientras una transformación completa no le permita hacer entre otros sacrificios, el de sus principales rentas, de que ni quiere, ni puede desprenderse, para el sostenimiento de un gobierno reconocido como desastroso en otra ocasión, en cambio de una grandeza y poderío que pudimos medir con exactitud en la guerra nacional contra los filibusteros.

Todos los esfuerzos aunados de las repúblicas centroamericanas habrían sido impotentes para lanzar al invasor, si Costa Rica, por sí sola y sin ayuda de nadie, no le hubiese arrebatado el tránsito tomándoles los vapores del río y lago de Nicaragua.

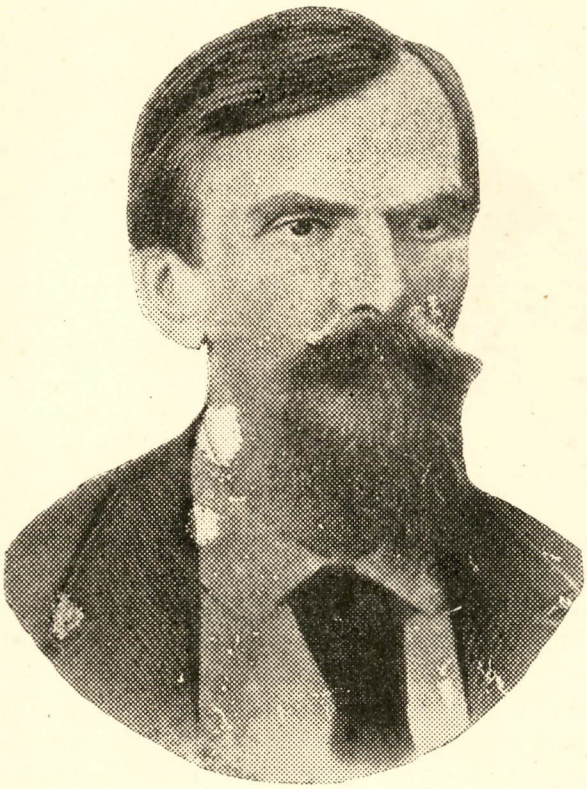
Si Morazán no fué un hombre de Estado, menos fué un héroe, y todavía menos un genio.

Las escaramuzas del Gualcho, San Miguelito, etc., pomposamente llamadas *batallas* por sus panegiristas no presentan un solo rasgo de heroico valor que lo coloque en el número de los héroes, ni un solo punto donde brille la luz de la inspiración del genio. Cuando más son pequeñas maniobras al alcance de cualquier cabo de escuadra.

Solamente que sea cierto que la más gloriosa batalla es la que se consigue con una carrera a tiempo, estaré dispuesto a admirar el genio y valor heroico de Morazán, porque la dió el 19 de marzo de 1840, desde la plaza de Guatemala hasta la de San Salvador; no hay otro que pueda gloriarse de haberla hecho en tan corto tiempo y con tanta velocidad.

Poseído de un pánico espantoso al oír cantar la salve a la indiada de Carrera; sin otra precaución que la de arrojar el parque a la fuente de la plaza, y dejando comprometida una gran parte de su ejército, huyó a uña de caballo con vertiginosa celeridad.

Todavía recuerdo haber visto al General Carrera reir a mandíbula batiente del descomunal susto que le había dado a Morazán con sólo sonarle la vaina de la espada.



Licenciado don JULIÁN VOLIO

1827 – 1889

Corpus obruere tenebrae: mens super Patriam perlucet.
Unius pro cunctis officia beneficia fuere.

J. F. F.

El cuerpo ha entrado en las tinieblas.
La mente sobre la Patria esplende
Los cargos que sirvió fueron verdaderos beneficios para todos. (*)

Desengañémonos: la grandeza de esos a quienes hemos dado en llamar grandes hombres, sólo existe en nuestro espíritu de *caciquismo,* en nuestra sangre de indio circulando bajo la piel blanca del vasallo de Felipe II.

No bien un audaz cualquiera secuestra en su provecho la soberanía del pueblo, haciendo crujir el látigo del capataz, nos prosternamos ante él, abdicamos nuestra dignidad, y nos apresuramos a besar la mano que nos azota.

Carrera, Morazán, *Chancha Prieta,* Rufino Barrios y otros, altezas, libertadores, padres de la patria, dictadores, etc. etc., son el tipo más acabado de la grandeza para los adoradores de ídolos, cuando en realidad sólo deberían ser delincuentes justiciables ante la ley que insolentemente hollaron.

(*) Epitafio compuesto por el Dr. don Juan F. Ferraz y grabado en el plinto del mausoleo de Volio.

Mientras no llegue el día en que para todos nosotros sólo las instituciones sean veneradas, y en los hombres públicos no apreciemos otro mérito que el de la integridad y lealtad en la ejecución de las leyes: mientras en esos mismos hombres públicos no desaparezca toda ambición personal para dar lugar a la única noble de las glorias de la patria, estaremos tan distantes de la verdadera democracia como lo estábamos en el tiempo del coloniaje.

Sea, pues, nuestro mayor anhelo cambiar mediante una buena educación política nuestro viciado organismo, y siguiendo el ejemplo de la gran república norteamericana, no sean grandes para nosotros más que los hombres que imiten a Washington, por cuya mente jamás pasó el criminal pensamiento de sobreponerse a la voluntad de sus conciudadanos, ni aún con el especioso pretexto de hacerles bien.

II

Ha brillado ya en el Nº 152 de "El Comercio", el primer relámpago precursor de la tempestad que ha de estallar sobre mi cabeza, por haberme atrevido a poner en duda el genio, el heroico valor y las cualidades estadísticas de un hombre reverenciado hasta el fanatismo por todos sus sectarios.

Si al autor del bien escrito artículo del ya citado número de "El Comercio" le parece bien, comenzaré por suplicarle que descartemos de la cuestión mi personalidad, tan pequeña e insignificante que no vale la pena de que se discuta.

Convengo en todos los defectos que me atribuye: pasión, bilis, envidia torpeza de juicio, imprudencia en manifestar lo que siento, y además, añado otro muy importante y que a él se le quedó en el tintero: la falta absoluta de imaginación, a tal punto fuera de mis facultades, que, en las plumas de guacamayo con que se adornan ciertas cabezas, no veo como otros el prestigio de la grandeza, y sí solamente un abigarramiento disonante.

Entro ahora en materia. Con mucho cuidado había visto, aun antes que el señor articulista me lo recomendara, los periódicos oficiales de la época de Morazán, la descripción de las acciones de Gualcho, la Trinidad, Charcas y El Espíritu Santo, y en verdad que nada encuentro en el héroe que pueda semejarse a la acción de Leónidas defendiendo el Paso de las Térmopilas con trescientos hombres contra un millón; a la de Bayardo rechazando a trescientos caballeros por sí solo en una cabeza de puente; a la de Cambrone exclamando "M..., la guardia muere pero no se rinde!", ni siquiera a la astucia de Máximo Blanco y Joaquín Fernández, tomando los vapores del río sobre balsas amarradas con bejucos.

Puede el señor articulista, tan versado en todo lo que concierne a su héroe señalarme alguna hazaña en que le veamos exceder la talla común de la humanidad, con tal que esa hazaña no sea como la de ofrecer su barquito y su espada para arrojar a la Gran Bretaña de San Juan del Norte cuando a título de protección al rey Mosco se apoderó de dicho puerto? Véase *Reseña Histórica* del doctor Montúfar, página 47, tomo IV.

En la retirada de la plaza de Guatemala el 19 de marzo de 1840 no puedo ver, tal es mi ceguera, más que un acto instintivo de la propia conservación.

El héroe hizo aquella vez lo que frecuentemente hacen todos los que, para evitar un peligro mayor, afrontan otro menor. Así el que se arroja desde una ventana de segundo piso, para evitar las llamas que ya lo rodean, simplemente obedece al instinto de la propia conservación.

Diferente sería el caso si encontrándose Morazán fuera de la plaza de Guatemala, hubiera roto la línea para penetrar en ella con el fin de salvar sus fuerzas comprometidas y abandonadas por un subalterno inexperto y poco valeroso.

Decir que Morazán fuera un cobarde es demasiado, y yo no creo haber hecho tal afirmación; pero que tenía demasiado susceptible el oído, está fuera de duda.

El canto de la salve en Guatemala lo impresionó vivamente, y aquí el estampido de un cañón lo dejó aterrado.

Mientras todas las hostilidades del pueblo costarricense se limitaron a hacer tal cual disparo con escopetas venaderas y a tirar bombas de cohete para hacer bulla, el héroe y sus generales recorrían las calles de la ciudad, deshaciendo grupos indefensos e irregulares; pero no bien se oyó el primer cañonazo, cuando el héroe dió la orden de sálvese quien pueda.

Perdóneseme en este lugar una pequeña digresión. En uno de tantos motines frecuentes en Guatemala el arzobispito don Francisco García Peláez, salió de su palacio a auxiliar a algunos heridos moribundos. Estaba en esta santa ocupación cuando se avistaron dos partidos enemigos que comenzaron a tirotearse.

El arzobispito, entonces, puesto de pie y con las manos en las orejas gritó:
—"No sean pesados; si tiran me voy".

Morazán debió haber dicho lo mismo, y si no lo dijo, lo hizo, porque es lo cierto que partió, como siempre, a uña de caballo, con rumbo a las playas del Atlántico.

Detúvose a respirar en Cartago, y mientras tanto sus perseguidores que le seguían de cerca lo alcanzaron y aprisionaron.

Ya preso, don Ventura Espinach sin autorización de ninguna especie, le hizo entrever que acaso podría salvarle la vida, sin ofrecérselo de un modo positivo, porque, como queda dicho, ni estaba autorizado, ni tampoco es verosímil que a un prisionero se le den prendas de esta naturaleza.

Traído el prisionero a San José, el pueblo, que cuando obra por sí mismo no necesita de otra forma que la de la identificación de la persona, se hizo justicia por sí mismo.

Cuando estos sucesos acaecían yo era un niño y me encontraba en Guatemala; por consiguiente, nada puedo afirmar de vista; pero sí en virtud de informes numerosos y respetabilísimos, que los pueblos de Cartago, San José, Heredia y Alajuela, casi en masa, hombres, mujeres, viejas y niños, tomaron parte en ellos.

Si el ejemplo de Maximiliano no le acomoda al señor articulista, no tengo inconveniente en limitarme sólo a Miramón y sus compañeros, todos mexicanos de nacimiento: y si además cree que para que Morazán mereciese la pena que sufrió, debía concurrir la circunstancia de haber inventado variar la forma de Gobierno, bástele saber que el principal propósito del caudillo era el restableci-

miento de la unión federal, que de hecho despojaba a los Estados, de la autonomía que habían asumido.

Morazán—dice además el articulista—no hacía más que obedecer órdenes de la asamblea.

¿Tendría el señor articulista la bondad de citar dichas órdenes?

Morazán afirma en su testamento que la expedición no tenía otro objeto que el de rechazar las fuerzas de Nicaragua que invadían el departamento del Guanacaste.

La disculpa tal vez pudiera ser admisible si los preparativos de embarque en Puntarenas no estuvieran desmintiéndola.

Morazán equivocaba el camino para ir al Guanacaste.

En otra oportunidad expondré los motivos que tengo para creer que Centro América repudiaba la unión el año de 1842, que la repudia hoy, y que seguirá repudiándola mientras una transformación completa no le permita hacerla de manera que sea útil y racional.

III

El autor del artículo que corre en el Nº 153 de "El Comercio" bajo el rubro que encabeza estas líneas, manifiesta su extrañeza por mi atrevimiento al poner en tela de juicio las grandes dotes del General legendario pronosticándome al mismo tiempo la sorpresa que con tal motivo han de experimentar todos los pueblos de Centro América que le han erigido estatuas; los historiadores y biógrafos que han ensalzado su memoria, y tantos oradores y tantos poetas que han hecho su apoteósis.

Pero por grande que sea su sorpresa, espero que han de tener en cuenta el motivo que me ha impulsado a expresarme en los términos que lo he verificado en los artículos anteriores.

Olvidados estaban los aciagos sucesos del mes de setiembre de 1842: nadie y yo menos que ninguno, pronunciaba una sola palabra contra Morazán.

Creyendo el Gobierno de esta República completamente extinguidos los odios de partido, y con el propósito, supongo, de dar una prueba de la extinción de esos odios, o tal vez de amistad o deferencia al partido hoy dominante en Centro América, o quién sabe con cuál motivo, porque carezco de datos para hacer afirmación alguna, emitió el decreto de 15 de setiembre del año en curso.

Era de esperarse que el partido morazanista acogiera con agradecimiento el proceder generoso de la República, o que por lo menos, guardara silencio sobre el particular.

En vez de realizarse esta legítima esperanza, que era natural abrigásemos, nos contesta aceptando el acto como expiación del infame asesinato cometido en la persona de Morazán.

Por mucha calma, resignación y paciencia de que un hombre pueda estar dotado, es imposible sufrir a sangre fría insultos tan procaces como groseros, y guardar un silencio que bien se pudiera interpretar como asentimiento al cargo que se nos dirige.

Por mi parte confieso que pocas veces, tal vez nunca, había sentido hervir mi sangre con tanto calor como ahora.

Madre y patria ocupan en mi corazón el mismo lugar; y nunca veré con indiferencia el insulto hecho a una o a otra.

Bien pudieron los morazanistas seguir quemando incienso a su ídolo y elevándolo hasta donde quisieran sin que a nosotros nos importara un semi-dios más o menos en el Olimpo, con tal que se hubiesen abstenido de recurrir a la injuria, por sólo el placer de vilipendiar a un pueblo.

Si creen que necesitan para deificar a su héroe imprimir en nuestra frente el estigma de la maldición, estamos en el derecho de reducir, cuanto la verdad lo permita, las proporciones del semi-dios, y demostrar que el Cristo de los morazanistas no es el Cristo que espiró en el Gólgota; ni el pueblo de Costa Rica el israelita, que viene desde hace diez y nueve siglos siendo el objeto del desprecio universal.

Acepten en hora buena si no sienten repugnancia, los seudo-liberales, la afrenta con que sus correligionarios los obsequian, que por mi parte haré cuanto me sea dable para apartar del rostro de mis conciudadanos el hierro candente que se les quiere aplicar.

¡Delinquir un pueblo cuando obra en masa! Es un disparate que no oyeron ni los vasallos de Felipe II.

Estaba reservado a los seudo-liberales centroamericanos el concebirlo y proferirlo.

El pueblo en masa, conforme a la doctrina de los hombres que tenemos la raíz en el pasado, es impecable, el único soberano: la ley, nada más que su voluntad, mudable cuando y mejor le plazca: las autoridades, simples delegados ejecutores de esa misma voluntad.

Para el pueblo sólo es bueno y justo lo que él quiere y manda; no siendo, por consiguiente, malo e injusto, sino lo que él no quiere o prohibe.

La misión de los hombres pensadores está limitada a ilustrar y persuadir al pueblo; pero las teorías, por buenas que sean, no toman fuerza mientras el pueblo no las acepta.

Atenas, expulsando a los hombres que se hacían notar para librarse de ambiciosos que aspirasen a cambiar el poder democrático, hacía su voluntad, y casi se puede decir que acertaba.

Ojalá nosotros también hubiéramos desterrado tantos grandes hombres que tan grandes males nos han hecho, y no hubiéramos admitido en el poder más que modestos y patriotas ciudadanos, exentos de toda ambición personal.

¡Gran estadista Morazán porque ocupó la presidencia de la República durante dos períodos! Grande porque quiso imponernos con la fuerza de las armas un sistema que no queríamos!

¡Grande porque se hizo declarar dictador y libertador!

Examinemos aunque sea ligeramente esta triple grandeza.

Si la capacidad de un hombre hubiera que valuarse por el tiempo más o menos corto que haya desempeñado un destino, la mayor parte de los ineptos ocuparía la primera categoría, y muchos de los hombres verdaderamente eminentes, se convertirían en lastimosas nulidades.

Don Manuel Aguilar, por ejemplo, que no gobernó más de un año, entraría en el número de los últimos, mientras que Carrera, que vivió y murió en la presidencia de la República, debería estar colocado en el primer rango.

Si el tacto político se hace consistir en imponer al pueblo un sistema que rechaza, no habría hombres más grandes que aquellos que por el hierro y el fuego han querido cambiar las creencias religiosas, ni otros tan pequeños como los que han predicado la tolerancia.

Los seudo-liberales en su rabia de federación, no retroceden ante los medios brutales que Morazán y Barrios han querido emplear.

Vean ellos la federación, y no importa que el país se inunde en sangre, y que los huesos de los muertos blanqueen nuestros campos.

Bendito sea el General Fernández y los hombres que le ayudaron a rechazar el yugo que Barrios quería imponernos, aunque ahora haya quien deplore no haber sido uncido a ese yugo.

Pero lo que más llama la atención es que durante medio siglo de alharaca y palabrería, no haya habido quien proponga los medios prácticos para llevar a cabo un pensamiento que, en concepto de ciertas imaginaciones, nos ha de colocar en la misma línea que los EE. UU. del Norte o la República Helvética.

Ahora que los federalistas se encuentran en su mayor apogeo, deben apresurarse a colocar el muñequito sobre las tablas: nosotros aplaudiremos hasta que, entre silbidos y risas, desaparezca el tal muñequito, como desaparece todo lo que es fantasmagórico y artificial.

La antigua federación cayó no tanto por la inepcia de sus jefes y sostenedores, cuanto porque era un acontecimiento fatalmente necesario, La nueva caerá igualmente en un tiempo más o menos largo, porque los fenómenos políticos y oficiales, lo mismo que los naturales, están sujetos a leyes ineludibles.

No somos Dios para que podamos decir hágase la federación y la federación quede hecha.

Necesitamos resolver ciertos problemas que pueden encontrarse reunidos en una forma elemental de álgebra, que no es ésta la ocasión de exponer.

Atribuir grandeza a Morazán por haberse declarado dictador y libertador, es afectar que se desconocen los medios de que ciertos hombres se sirven con tanta frecuencia para alcanzar esos puestos.

Desde que un pueblo va a deponer a los pies de un amo *expontáneamente* el tesoro de sus libertades, el amo está juzgado, aunque de seguro no en el sentido de la grandeza.

Detengámonos a examinar de cerca los triunfos militares del General Morazán en el orden en que los expone la Reseña Histórica del Dr. Montúfar.

Triunfo de San Antonio.—Iba a tomar este hermoso florón de la corona del héroe para someterlo a las leyes de la crítica, cuando al tocarlo se me deshizo entre las manos como pompa de jabón.

No hubo pelea, no se disparó un tiro, ni se pronunció siquiera una palabra amarga.

Lo único notable en esta gran batalla es una tontería que no hubiera cometido el último de los reclutas, y por la cual el gran General en cualquier país del mundo habría sido sometido a un consejo de guerra.

Puso en libertad a los prisioneros, olvidando que el primer deber en la guerra es el de aprovechar las ocasiones para disminuir los recursos y la fuerza del enemigo.

La piedad en tales casos produce funestos resultados como el mismo Morazán tuvo ocasión de verlo, no bien los prisioneros recobraron la libertad.

IV

Me había propuesto no separarme de los puntos fijados en mi primer artículo; esto es, la inculpabilidad de la República por la ejecución del General Morazán, y la negación de las dotes eminentes que se le atribuyen; pero en el número 156 de "El Comercio" se me acusa de haber combatido bajo el anónimo el tratado de paz, amistad, comercio y extradición, celebrado en el año próximo pasado, por plenipotenciarios centroamericanos.

Miente villanamente el que tal asegura; y lo desafío, al mismo tiempo que autorizo a todas las imprentas para que exhiban una sola línea mía que no esté cubierta con mi firma.

Tengo muchos defectos. Durante mi larga vida he cometido errores y extravíos que de buena gana quisiera reparar; pero la alevosía jamás se ha albergado en mi pecho.

El que en el año de 1873 dijo cara a cara a la pantera de Guatemala verdades amargas con riesgo de su vida: el que también en plena asamblea y ante un concurso numerosísimo censuró sin rodeos, en el año de 1880, el poderío del hombre a quien han llamado "León": el que en estas circunstancias arroja el guante a una secta de fanáticos exaltados, a ciencia cierta de que contra él se han de desencadenar torbellinos de injurias y denuestos, no puede ser de los que tiran piedras y esconden la mano.

Siempre he dicho la verdad y no tengo por qué arrepentirme.

Barrios injurió de hecho y de palabra a todos los que creyó sus enemigos, mientras que a mí no me dirigió una sola mal sonante; no me mandó a la cárcel confundido con los presos comunes, y si me desterró, fué con comedimiento y obligado, según me dijo, por las circunstancias.

El General Guardia jamás me persiguió, y antes bien me hizo ofrecimientos que yo sentí no poder admitir.

Cuando hablaba de mí con mis amigos, decía: "Volio es tonto, pero honrado"; con lo que me daba todo lo que yo he apetecido.

El señor General don A. de Jesús Soto, a quien altamente estimo, y cuyas virtudes cívicas me complazco en reconocer, pensará en esta cuestión como mejor le parezca, sin que, porque no estemos acordes, se disminuya la recíproca afección que desde que nos conocimos nos hemos profesado.

No sería ésta la primera ocasión que ha existido divergencia en nuestras opiniones.

En el Congreso a que ambos concurrimos, casi no pasaba día sin que nos encontrásemos en pugna, y no por esto dejé de apreciarlo y respetarlo.

De la administración actual soy sincero y eficaz partidario, porque creo que va por el buen camino; y no por esto he encontrado inconveniente en presentar a la Comisión Permanente en el mes un dictamen contra un proyecto de ley iniciado por el Poder Ejecutivo.

Al modesto y patriota ciudadano que hoy ejerce el poder, le debo gratitud y respeto; estoy dispuesto a hacer por él, si necesario fuese, toda clase de sacrificio; soy, en una palabra, su amigo, pero no su esclavo.

Prosigo el examen de los gloriosos hechos de armas del General Morazán.

Florón número dos.—Batalla de San Miguelito.

El que tenga buenos ojos podrá descubrir en ella las altas dotes de heroico valor y genio del General Morazán. Yo no puedo verlas, porque el General no asistió a la batalla.

Florón número tres.—Gran batalla de las Charcas. Aquí creerán los lectores que van a encontrar a un Páez al frente de 150 lanceros batiendo y derrotando por completo a un ejército de cuatro mil veteranos, experimentados y aguerridos, bajo el mando de un experto general.

La decepción será completa, pero la culpa no es mía.

Grande y gloriosa batalla han llamado a ésta los morazanistas, y grande y gloriosa la he de llamar yo.

Situado el General Morazán cerca de la hacienda de las Charcas, con su fuerza en formación de batalla, se le aproximó el enemigo, pero no tanto que quedase dentro de tiro.

Avanzaron un poco más de quinientos hombres, tan valientes y aguerridos, que a las primeras descargas hechas por dos compañías sobre sus flancos, huyeron sin haber hecho un solo tiro, y sin que el mismo General supiese el motivo por qué huían.

El autobiógrafo nos asegura que un gran concurso presenció el espectáculo; pero olvida decirnos si lo aplaudió; yo creo que sí, porque el sainete estuvo bonito.

V

Toma de la plaza de Guatemala en abril de 1829

Florón Nº 4.—Haciendo a un lado gárrulas descripciones, huecas y pomposas frases, tanto más sospechosas cuanto más exuberantes, compulsemos los hechos y coloquémoslos bajo su verdadero punto de vista.—Si de alguno de ellos brota la sagrada llama de la intuición con que algunos seres privilegiados penetran lo que está velado al ojo común de la humanidad: si en ellos encontramos semejanza a los que por millares nos han dejado los grandes capitanes, yo seré el primero que humille la frente ante la figura de Morazán, como la humillo ante los héroes de la epopeya Sud Americana. El General Morazán disciplinó fuerzas en el Salvador y marchó sobre Guatemala a la cabeza de un ejército de 2,000 hombres, compuesto de hondurenses y salvadoreños. Esta fuerza tomó la denominación de ejército aliado protector de la ley.

Ya de camino se le unió un escuadrón procedente de la Antigua al mando del General Saget, que fué de mucha utilidad en la campaña.

A medida que avanzaban las fuerzas invasoras se iban pronunciando en su favor todos los departamentos del estado de Guatemala. Se organizó en la Antigua un gobierno y el General Morazán pudo contar con las fuerzas de Honduras, el Salvador y Guatemala, que continuamente engrosaban las suyas con hombres, armas y dinero; por lo que en adelante se apellidó General de los ejércitos aliados, en vez del ejército aliado.

Con tan gran potencia la mayor que era posible levantar en Centro América, creeríase que se disponía a atacar una plaza rodeada de fuertes, con sus escarpas y contra-escarpas, rebellines, muros aspillerados, formidable artillería, y sobre todo, defendida por numerosa y valiente guarnición mandada por un héroe.

Sólo así podrían explicarse las idas y venidas, las indecisiones, las conferencias en Ballesteros, la intervención del Ministro de Holanda, las nuevas acumulaciones de fuerza, y el tiempo que se dejaba transcurrir para que el enemigo se debilitara. Pero la situación de la ciudad estaba muy lejos de ser lo que era de creerse. A pesar de los esfuerzos que, según nos dice Montúfar, hacían el arzobispo, los frailes, las monjas, y la madre Teresa con todos sus milagros; don Mariano Aycinena, que, como muy bien dice el mismo Montúfar, no era un Romano que supiese morir defendiendo el campo, sólo era dueño del terreno que pisaba.—Sus dos mil hombres, o mejor dicho sus dos mil carneros que huyeron en las Charcas sin disparar un solo tiro y sin que el enemigo supiese el motivo por qué huían, harto disminuídos ya por los centenares de prisioneros que dejaron en las ya referidas Charcas, por las bajas producidas en las diferentes escaramuzas, y por la deserción, constituían todo el activo de la fuerza, para defender los parapetos de tierra, enfáticamente llamados la triple línea de defensa. Cualquier otro que no hubiese tenido más cualidad que la de ser menos *prudente* que Morazán, empuña una escoba, embiste la plaza, y en menos de cinco minutos barre el bonachón de don Mariano, sus carneros, monjas y frailes, con la madre Teresa a la cabeza. Pero el gran General era demasiado cauto: necesitaba más tiempo y mayores precauciones. Grandes rondas, rondas mayores, dragones, alumbradores, ingenieros para cortar una pared de tapial, estrategias para engañar al enemigo sobre el efectivo de sus fuerzas, todo eso le era necesario para decidirse al asalto.

Acomete la primera línea que tomó heroicamente, porque no la defendía ni un solo soldado.

El Coronel Gutiérrez ataca la segunda línea, defendida por un puñado de valientes mandados por un oficial que no se atreve a disparar las pistolas que lleva en mano, dejando así admirado al asaltante Gutiérrez.

La tercera y última línea, es decir, la plaza misma, no se rinde sino en virtud de una capitulación en que el General prometió bajo su palabra de honor respetar la vida y propiedades de los habitantes.

Hasta aquí la relativo al glorioso hecho de armas.

Veamos ahora el no menos glorioso de faltar al cumplimiento de lo capitulado.

No bien había tomado posesión de la plaza el General, cuando redujo a prisión a los principales de sus adversarios, reservándose el hacer después otro tanto con un gran número de personas.

Montúfar, olvidando que entre el vulgo de sus lectores podía haber algunos que entendiesen la significación de las palabras, pretende defender a Morazán, diciendo que sólo había prometido respetar las vidas y las propiedades.

¡Como si el cuerpo de un hombre no fuese su primera y más sagrada propiedad!

El que secuestra el cuerpo, secuestra más que la casa y que la hacienda.

El *habere corpus* de los publicistas y jurisconsultos, consignado en todas las constituciones modernas, significa, y Montúfar debe saberlo muy bien, tener propiedad sobre el cuerpo.

VI

Muchas veces mientras escribía los artículos que han visto la luz, he estado a punto de reprenderme el no haber atenuado, aunque no fuera más que en las palabras, las apreciaciones que he hecho sobre Morazán para no irritar demasiado la susceptibilidad de sus partidarios.

Un folleto titulado "Morazán y la Federación", publicado en Guatemala el 15 de setiembre del corriente año, ha venido a quitarme todo escrúpulo y a convencerme de que en esta contienda es inútil guardar consideraciones.

En el preámbulo del citado folleto se apellidan á las cinco Repúblicas centroamericanas, cinco mugrientos andrajos, y a los que no tenemos la dicha de opinar con ellos, *canalla, hediondo estiércol,* y otras lindezas del mismo jáez.

En parte me complace el ver que cuando se dirijan a mí personalmente, no podrán lisonjearme más de lo que ya han lisonjeado a una colectividad que en nada los ha ofendido.

En pocas frases dejaron agotado el vocabulario, y ya nada hay más que temer de ellos.

Los papeles públicos de Honduras no emplean el mismo lenguaje; pero sí persisten en llamarnos infames asesinos de la más ilustre víctima, procurando suavizar la injuria atribuyéndola a unos pocos y no al pueblo entero. Como si no fuera de todos sabido que ese mismo pueblo a quien por un lado justifican y por otro condenan, autorizó con su presencia el hecho y conservó en sus empleos y honores a los que lo ejecutaron, asumiendo de esta manera toda la responsabilidad, puesto que, pudiendo impedirlo, no lo hizo.

Menos grave encuentro la acusación de perpetrador directo del hecho que el de consentidor voluntario.

Estoy seguro de que cualquier hombre preferirá la acusación del adúltero, antes que la de consentidor en las liviandades de su mujer.

No cabe término medio: o fué un semi-dios el que sacrificamos injustamente, y entonces no tenemos más recurso que el de alargar el pie para que nos remachen la cadena del galeote, o simplemente fué un hombre común y nosotros obedecimos a una necesidad del momento, en uso de un derecho natural, en el cual caso quedaremos nivelados con Honduras, en la ejecución de Delgado, y con

Guatemala en la de Castañeda y compañeros, desapareciendo así todo motivo para que recíprocamente nos dirijamos humillantes epítetos.

Florón número cinco.—Gualcho.

Es difícil apreciar con exactitud el número de los que en este lugar combatieron por uno y por otro bando.

No hay más datos que los suministrados por los mismos interesados, datos que invariablemente se comunican en una forma estereotipada. Nunca en ninguna parte se ha dicho "éramos cinco contra uno": al contrario, siempre indefectiblemente dice el participante que ha sido uno contra dos, contra cinco, o contra diez. En esto y en agregar que las bajas han sido en la proporción de diez contra ciento, hacen consistir toda la importancia de una acción de guerra.

El jefe que mandaba la facción contraria a Morazán es el mismo Domínguez que en todos los encuentros que tuvo durante su vida dió muestras de la más cabal ineptitud, y que en el caso actual, no supo siquiera cerrar el camino por donde su enemigo pudiera salir de la olla en que se encontraba.

Morazán, según él mismo cuenta, no podía permanecer en las casas de la hacienda, dominadas por una altura de más de 200 pies: tampoco podía continuar la marcha, ni emprender la retirada.

Adoptó entonces el único partido que le quedaba: acometió al enemigo y peleó al igual de todos sus subalternos. Sin embargo, de que no se nos hace notar acto alguno que lo coloque una sola línea más arriba de cualquier otro de los combatientes, este hecho de armas lo elevan los morazanistas al lado de los más grandes que registra la historia.

Marengo, Austerlitz, Junín, Ayacucho y Gualcho, fueron desde entonces igualmente grandes para ellos, y todavía hoy no tienen bastante vista para distinguir la diferencia entre la luz del sol y la de una vela de sebo.

Napoleón, el que supo domar a Chuanes, Vendianos, realistas y republicanos, para hacerlos a todos franceses: el que sometió la Europa continental al poder de la Francia: el que derribó a los reyes de derecho divino para sentar en sus tronos a los constitucionales: el que daba y quitaba coronas a su antojo. Bolívar que arrebató al poderoso conquistador la mitad de un continente: que fundó nueve naciones, sacándolas de la nada, e infundiéndoles la vida y la libertad. Estos dos colosos, admiración del universo, apenas alcanzan en estatura al héroe de Gualcho, que nada estable fundó, que derramó en luchas fratricidas y estériles la sangre de infelices, que ni aún sabían por qué daban la vida.

Morazán encontró hecha la independencia de España y de México, y unidos los estados centroamericanos por un pacto federal, lleno, es verdad, de defectos.

A haber sido, no ya un héroe o un genio, sino un hombre de mediana superioridad, desde que obtuvo los triunfos de Gualcho, Espíritu Santo, la Trinidad, Guatemala y otros, todos a cual más pequeño, pero que indudablemente le dieron prestigio, habría dominado la situación y evitado desastres y calamidades que hicieron de Centro América, en el tiempo en que él figuró y todavía después de haber desaparecido, una guarida de salvajes, sumidos en la mayor ignorancia, cargándose de ignominia en todos sus actos, y devorándose unos a otros como verdaderos caníbales.

Morazán no supo corregir esta situación: no pudo dominarla, ni dejó sembrada una sola semilla que en adelante pudiera producir buenos frutos.

La federación, su ideal, según los morazanistas, le fué completamente desconocida aún en sus más simples rodajes, y por eso fué que no pudo impedir que el edificio se desplomase sobre su cabeza, dejándolo sepultado en las ruinas.

Suprímase a Morazán de la historia y no por eso el cuadro que presenta Centro América desde su independencia hasta hace pocos años, será más lúgubre y aterrador de lo que fué figurando en el primer término.

Apartemos la mirada de esos vergonzosos episodios escritos con sangre y fango, consagrados a discutir cuál de los diferentes caudillejos que azotaron a Centro América derramó más o menos sangre de hermanos, fué más ambicioso, más torpe, o excedió en perversidad a sus adversarios.

Convengamos en que entre todos ellos no hay uno sólo que valga gran cosa.

Si Morazán—dirán algunos—no nos dió la independencia; si no supo dominar la situación; si tampoco supo corregir los vicios de la federación para evitar que se desplomara sobre su cabeza, por lo menos venció a la nobleza y expulsó a los frailes.

Fijándonos un momento en ambos hechos podremos apreciarlos debidamente.

Así como para hacer un pastel de pescado, se necesita ante todo pescado, para vencer a la nobleza se necesita que exista la nobleza.

La población de Centro América se componía en aquella época, lo mismo que hoy, de unos cuantos negros de pura raza; de una enorme masa de indios nativos; de otra relativamente pequeña de mestizos más o menos blancos, y entre todos esos elementos, un clérigo que se titulaba Marqués, sin Marquesado ni privilegios.

Esa fué la nobleza que venció Morazán.

Probablemente los liberales han querido significar con ese nombre impropio de nobleza y aristocracia, el partido conservador, que ni venció Morazán ni nadie podrá vencer jamás, porque existe lo mismo que el liberal, en la naturaleza del hombre.

La humanidad no es un regimiento que marche a toque de tambor: la componen hombres que fácilmente se precipitan a lo desconocido, y otros que retardan el movimiento, con lo que se restablece el equilibrio.

Si solamente existiese en el organismo social el último de estos factores, la sociedad perecería por estancamiento; y si sólo existiese el primero, iría de tumbo en tumbo hasta romperse.

De la misma manera que una nave necesita velas que la impulsen y lastre que regularice el movimiento, de la misma manera la sociedad está sujeta al sistema de compensación.

El ignorante piloto que comete la imprudencia de lanzarse a la mar sin proveerse del necesario lastre, mucho habrá de lamentarlo en el primer vendabal.

La expulsión de los frailes en el siglo diez y nueve, después que la Francia había cantado la Marsellesa y la España el Trágala, no es empresa de gigantes.

Son los frailes hojas secas que se desprenden del árbol al primer viento de otoño.

Costa Rica no tiene que arrepentirse de haberse separado de la conflagración general, para dedicarse, sin ayuda de caciques, a su desarrollo y pronto engrandecimiento.

Mal que les pese a los *morazanistas,* que en cortesano lenguaje la apellidan *mugriento andrajo,* es lo cierto que mientras se ha gobernado por sí misma, no ha perdido una sola pulgada de su territorio: ha estrechado buenas y cordiales relaciones con todas las naciones cultas, por las que es considerada como igual, no por las fuerzas de que dispone, sino por el acierto y tino con que ha sabido mantenerse respecto de ellas.

Rica, próspera y feliz, marcha con pie seguro hacia un porvenir más venturoso: vive bajo un gobierno de leyes que da plena satisfacción a todos los intereses: no tiene déficit en su presupuesto, su crédito se halla a una altura envidiable, la instrucción pública se encuentra bien sistematizada y generalizada; sus códigos la honran y sus telégrafos y ferrocarriles dan testimonio de lo que puede un pueblo pequeño, pero honrado, laborioso y progresista.

Nuestro único héroe es Juan Santamaría, voluntariamente inmolado para salvar la vida de un ejército. No admitimos aquí semi-dioses, ni héroes, ni genios de cartón: apenas si hay media docena de teófilos (tomo la palabra en su sentido etimológico—adoradores de ídolos), que lo son porque no han tenido tiempo de meditar en los verdaderos intereses de la patria.

Locos de atar serían los que intentasen abandonar esta posición bonancible para lanzarse en un camino de aventuras y peligros, antes de haber salvado todos los obstáculos que hoy se oponen a la unión de Centro América; antes de haber removido las cenizas mal apagadas del pasado incendio.

Florón número seis.—Heroica retirada de Morazán el 19 de marzo de 1840.

Morazán al mando de 900 salvadoreños, según unos; al de 1,500, según otros; y al de 1,200, según el viajero Dunlop, en quien no cabe sospecha de parcialidad, se acercó a dos marchas de Guatemala.

Sorprendido Carrera por tan inesperada invasión dejó una parte de sus fuerzas en la plaza de la ciudad y con las restantes, se retiró, a Aceituno, finca situada a 4 o 5 kilómetros.

Morazán batió la fuerza de la plaza y sin dificultad tomó posesión de ella.

No es verosímil que las fuerzas de Carrera subiesen a 5.000 hombres porque su fuerza habitual en la ciudad, nunca excedió a 2.000. No pudo aumentarla en la misma ciudad, que le era contraria; tampoco en Aceituno, porque no tenía depósitos de hombres ni de armas; pero sea de ello lo que fuere, es lo cierto que Carrera bajó de Aceituno y estrechó a Morazán en la plaza.

Lo que pueden hacer 1,200 soldados valientes y disciplinados contra 5,000 montoneros indisciplinados, está al alcance de todo el mundo, y si no lo estuviera, Montúfar nos lo enseña en la página 299, tomo 3º de su Reseña Histórica.

Oigámosle: "Las tropas del montañés eran indisciplinadas y salvajes; una serie de hechos históricos desde la conquista nos demuestra todo lo que vale la inteligencia de unos pocos contra la barbarie de muchos".

Reflexión exacta y oportuna para que quede de relieve la incapacidad de los que no saben balancear la fuerza numérica con la del valor, pericia e inteligencia.

150 hombres bajo el mando de un héroe, bastaron para vencer un ejército de 4,000 valientes veteranos.

1,200 soldados valientes sucumben ante 2 o 5,000 montoneros indisciplinados, prueba evidente de que Morazán no excedía las proporciones de un cabo de escuadra.

Durante todo el día 18 no intentó un sólo movimiento salvador, ni adoptó un solo recurso que pusiese término a los estragos que sufría, porque en realidad estaban fuera de su alcance.

En una capitulación no podía pensar, porque él sabía por experiencia propia lo que valen las capitulaciones entre guerrilleros.

Fortificarse dentro de la plaza en espera de recursos que podían llegarle de la Antigua, de los Altos, o del Salvador, habría sido un procedimiento de los que comunmente se ven en semejantes ocasiones; pero Morazán como lo observa muy bien Montúfar respecto a don Mariano Aycinena, no era un romano que se decidiese a vender cara su vida.

Para emprender una retirada militar en regla, habría sido menester que imitase al caballero sin miedo y sin mancha, que colocado a la retaguardia de su deshecha hueste, marchaba de espaldas, con la cara vuelta al enemigo, infundiendo más terror que cien.

Deshechados estos tres recursos, le quedó el de la fuga en la oscuridad de la noche y a favor de una estratagema que en vano se empeñan en negar los que sienten toda la deshonra que envuelve semejante huída.

Pero mientras que ellos no pueden aducir una sola prueba moral o material para rechazar el cargo que le resulta a Morazán, tres hechos abrumadores lo confirman.

Primero.—Es humanamente imposible que haya pasado un cuerpo de 400 hombres haciendo fuego por entre una turba enemiga sin que se notara su paso. Que la salida de Morazán no se notó, sino hasta después que alumbró la luz del día 19, es un hecho admitido por sus mismos defensores. (*).

Segundo.—Sumando el número de las víctimas cruel e inhumanamente fusilados por pelotones en la plaza, con la de los prisioneros que rebosaban las cárceles, y después fueron devueltos al Salvador mediante un tratado, dan un producto aproximado al de las fuerzas con que Morazán entró.

Tercero.—Si Morazán huyó de la plaza de San José de Costa Rica acompañado solamente de Saravia y Villaseñor, abandonando toda su tropa a merced del vencedor, no hay motivo para negarse a creer que en las mismas circunstancias hiciera en Guatemala la misma cosa.

Los antiguos tenían un aforismo que traduzco en obsequio de los que no saben el latín:

"El que una vez huye, se presume que en caso semejante siempre ha huído".

(*) Carrera se puso inmediatamente a la zaga de los prófugos, sin poder darles alcance.

A esto está reducida la heroica retirada de la plaza de Guatemala.

Abusaría de la paciencia del público, si por más tiempo continuara expurgando los hechos de Morazán, entre los cuales hay algunos que mueven a compasión y otros a risa.

Pongo por lo tanto punto final para no volverme a ocupar en este asunto si no es que alguna circunstancia imperiosa me lo exija, entendiéndose que no calificaré como tal los denuestos o injurias con que me regalen los cultos morazanistas.

J. Volio.

Nota de la Dirección.—Leyendo los artículos que anteceden, una conclusión se impone. La formidable arremetida de aquel titán de la vida cívica costarricense, don Julián Volio, contra el inconsulto decreto, fraguado en las sombras, e impuesto sin considerandos ni discusión por el Ministro de Soto, don Cleto González Víquez, quien se quedó al margen de la pelea moviendo sin embargo los resortes de su influencia, no es sólo una catilinaria elocuentísima, sino también una requisitoria histórica en que escuetamente se plantean y se niegan las principales cualidades atribuídas a Morazán por sus admiradores. ¿Fué Morazán un hombre de Estado? ¿Fué un genio? ¿Fué un héroe? Estas son para nosotros las cuestiones controvertidas aquí. Negadas por Volio, no conocemos todavía después de medio siglo, ninguna obra donde se les dé otra solución que satisfaga a un espíritu formado en las modernas disciplinas de la historia; la biografía que sin *tropicalismos* nos de a conocer la verdadera personalidad del simpático y atravente caudillo que fué Morazán.

Carl Hoffmann

Nota biográfica

En enero de 1854 y por la vía entonces usual del Sarapiquí, entraron al país tres naturalistas alemanes, Carmiol, Frantzius y Hoffmann. Venían de Europa, en busca de salud alguno, y en el caso del último, huyendo de las persecuciones políticas que el año 48 desató en tantas naciones de Europa. Los tres dejaron una huella tan marcada en el conocimiento del país, que sus nombres no podrán ser olvidados.

Carl Hoffmann había nacido el 7 de diciembre de 1823 en Sttetin, Pomerania, en Prusia, en una familia distinguida. Estudió Ciencias Naturales en la Universidad de Berlín, con tal éxito, que Humboldt lo tenía como el mejor de sus doscientos discípulos; en esa Universidad obtuvo el título de doctor en medicina en 1846. Hizo luego una especialización en cólera-morbo y tuvo una lucida práctica médica en Prusia hasta que las persecuciones políticas lo hicieron abandonar su pueblo y dirigirse a Costa Rica, a donde llegó trayendo con Frantzius una cálida recomendación de Humboldt para don Juan Rafael Mora.

Inició inmediatamente su trabajo de médico y aunque ya en aquella época había algunos doctores, bien pronto se distinguió entre ellos, y de él dijo un contemporáneo que era el As Nº 1 entre los médicos de entonces.